

“La emancipación de la mujer” y “El sometimiento de la mujer” de “Ensayos sobre la igualdad sexual” de Harriet Taylor Mill y John

Stuart Mill

HTH (1804 → 1858) JSM (1806 → 1873)

(1) (2)

Antes de meternos de lleno con los textos, vamos a analizar brevemente lo que en general es característico de la teoría feminista de los Mill, la cual descansa sobre un fundamento moral que no es otro que el típico del utilitarismo, modulado, en este caso, por John Stuart Mill. Dicho en pocas palabras, lo distintivo de esta teoría es que reduce la felicidad a la unión de placer y libertad. De tal manera, nos encontramos ante una teoría que procesa un individualismo moderado; dado que, como veremos más adelante en detalle, no se olvida de la responsabilidad social por parte de las instituciones, alejándose de las versiones más duras del individualismo, deudoras de la visión económica de Adam Smith y su mano invisible. Con todo, nos encontramos con una teoría claramente en contra de lo que defiende Rousseau, en tanto que éste subsume la individualidad bajo el dogma de la voluntad general, que utópica y necesariamente tendría que estar guiada por el bien común. Mill, aun siendo un defensor de la libertad individual, no descuida el bienestar del conjunto de la humanidad, hasta el punto de que es éste y no otro el único criterio que puede valer para alcanzar la justicia. Nos hallamos ante una ética eminentemente material y marcadamente hedonista, en contra del ideal estoico. Su idea de sujeto, a saber, la concepción antropológica que está detrás de esta teoría, se sustenta en una visión unificada del hombre, que, no olvidándose del clásico reconocimiento de la unidad en facultades y potencialidades intelectuales, pone el acento en la cuestión de que el ser humano es un animal vivo donde la sensibilidad y los sentimientos juegan un papel muy importante que no se puede olvidar. Por tanto, esta sensibilidad, que es también sensibilidad moral, será clave a la hora de unificar la especie, y también será el fondo de muchos de los argumentos para luchar contra la situación de injusticia y dominación de la mujer en dicha época.

Ya nos centraremos más adelante en la parte de la teoría feminista propiamente hablando y en cómo afrontan los Mill la argumentación respecto a esta dominación. Volvamos ahora con la idea de felicidad utilitarista, que es una noción en apariencia muy sencilla, pero con múltiples problemas a matizar de fondo. En un principio, John Stuart Mill defiende que la mayor felicidad consiste en satisfacer nuestros deseos de la manera más plena, lo que nos hace llegar irremediabilmente a su noción de placer; dado que el hombre, según nuestro autor, busca satisfacer sus deseos porque esto le proporciona

(1) ¿Título, introducción, epígrafos?

(2) ¿Qué es esto? Si, un análisis de textos "feministas"...

(*) (ideología subyacente) (VER FINAL)

→ Sería interesante un "análisis" de este texto...

/.
placer. Lo contrario de esto sería el odio a lo que nos produce incomodidad o daño. Esta oda al placer que defiende Mill no sería un placer propio de alimañas, sino que sería un placer que busca la comodidad y el bienestar del pequeño burgués de mediados del siglo XIX. En este sentido, su defensa ante la típica crítica al epicureísmo desemboca en la misma argumentación: se busca el placer, sí, pero para discriminar los diferentes placeres nos serviremos de la razón y, así, alcanzaremos los placeres superiores y más duraderos, los cuales están muy relacionados con los placeres que son fruto del deleite intelectual de las aficiones propias de las clases altas culturalmente refinadas. A su vez, cabe mencionar en este punto otro tema capital para toda teoría que sea feminista: la cuestión de la educación. Ésta no sólo deberá ser igualitaria, sino también dar la justa importancia a la pedagogía del placer, dado que la sentimentalidad puede ser aprendida y controlada para que sepa reconocer los placeres que de suyo son superiores (por ejemplo, aunque no se condenan los placeres carnales, se reconoce que, evidentemente, no son los mejores).

- Una vez comentado el sentido ético del utilitarismo, es necesario dar un par de pinceladas sobre cómo salta a la política, pues esta relación nos aportará luz a la hora de comprender cómo asumen la defensa de las mujeres. En un principio, es tan sencillo y claro como la búsqueda de la felicidad a través de la libre satisfacción de deseos que producen placer. El bien social que debería buscar la política no sería otro que la búsqueda de la máxima felicidad del mayor número de individuos a través de un principio altruista que tendría que asegurar la libertad de todos. Para ello, se tornará imprescindible asegurar la igualdad de todos ante la ley y asegurar, a su vez, la igualdad de oportunidades a través de la redistribución de la riqueza. Todo esto sería responsabilidad de las instituciones de gobierno; de un gobierno que debería aparecer bajo la forma política de la democracia — reconociendo el propio autor, eso sí, que antes de esto se debería dotar a la población de la educación necesaria para corresponder en el papel activo de todo ciudadano democrático—. Esta sería una sociedad que se podría considerar justa. John Stuart Mill no entra, como más adelante lo hará Marx, en que el problema está también en la producción. Para el inglés, la producción debe ser libre y funcionar bajo las leyes de la libre competencia, hallándose la injusticia en la mala distribución de la riqueza producida dentro del conjunto de la sociedad; distribución que sí debería regular un gobierno, preferiblemente democrático.

Una vez repasadas brevemente las claves fundamentales del utilitarismo de los Mill, estamos en condiciones de repasar los textos de manera pormenorizada.

En primer lugar, nos centraremos en la forma en la que explican la dominación de las mujeres por similitud con la esclavitud, con sus necesarias matizaciones y diferencias, las cuales giran en torno a la atracción sentimental, el amor, y el matrimonio entre hombres y mujeres, como ya iremos viendo. Posteriormente, nos fijaremos en el resto de los temas que hemos considerado importantes y que merecen una mención bajo la lupa de la crítica, volviendo necesariamente otra vez a los fundamentos del utilitarismo y a sus aporias.

TEXTOS.

Antes de empezar, sería muy frío, cínico e injusto no pararse un momento a reconocer el valor de la introducción que escribe John Stuart Mill a Harriet Taylor Mill en "Ensayos sobre la igualdad sexual". Pocas odas se han escrito tan bellas sin descuidar la fuerza intelectual de lo dicho. Es difícil tomar una cita que haga honor a un escrito tan completo, pero sirva de humilde ejemplo esta de la página 114:



«Todo lo que suscita admiración cuando es hallado separadamente en otros, parecía que se encontraba unido en ella: una conciencia sana y a la vez delicada; una generosidad limitada únicamente por un sentido de la justicia que olvidaba a menudo sus propias reivindicaciones, pero nunca las de los demás; un corazón tan grande y lleno de amor, que quienquiera que fuese capaz de hacerle la más pequeña devolución de simpatía, recibía siempre diez veces más; y, en el campo intelectual, un vigor de exactitud y de imaginación, una finura de percepción, una exactitud y delicadeza de observación, igualados únicamente por su profundidad de pensamiento especulativo, y por un juicio y discernimiento prácticos casi infalibles».

MAGNÍFICO!
SIN MAS

Se ha escrito mucho, pero me arriesgaría a decir que este pequeño texto de apenas dos páginas de extensión estará perfectamente entre los 50 principales, codo con codo con los mejores que dedicó Søren Kierkegaard a Regine Olsen apenas una década antes.

Una vez hecha esta justa digresión, vamos a intentar centrarnos en el camino que recorren los Mill desde su consideración de la sentimentalidad como factor importante a la hora de juzgar los problemas humanos hasta su aplicación a la cuestión feminista o al tema de la dominación como esclavitud, que, además de física, implica una esclavitud emocional (lo cual es lo distintivo de la situación del común de las mujeres a la altura de mediados del siglo XIX). Trataremos todas estas cuestiones, no sin dejar de criticar la organización

matrimonial propia de esta época, tema a todas luces necesario teniendo en cuenta que es en Inglaterra donde se permitió la venta de esposas hasta principios del siglo XX.

Desde el principio notamos la importancia de considerar los sentimientos a la hora de defender una idea. Por ejemplo, ya en la página 145 del trabajo de John Stuart Mill se afirma: «La dificultad es la misma que existe en todos los casos en que hay que luchar contra fuertes sentimientos». De hecho, en la página siguiente se defiende que el factor sentimental no sólo no debilita a una idea, sino que, más bien, la blinda de mejor manera a la hora de hacerse refractaria a una crítica racional, por mucho que se den «argumentos decisivos». Muchos son los que piensan que los sentimientos alcanzan una razón más profunda que la que consiguen los argumentos. Esto no tiene mucho sentido si hablamos de sentimientos irracionales, prejuiciosos e infundados, pero si estos sentimientos se estructuran con un orden intelectual —por mucho que sea un orden en algún aspecto diferente al meramente racional en un sentido científico, por no decir directamente matemático—, puede ser cierto que en determinadas áreas de importancia para los hombres sí alcancen mayor profundidad y sutilidad. Estaríamos hablando de una concepción del tipo ordo amoris, siguiendo aquella idea de Blaise Pascal de que «el corazón tiene razones que la razón no entiende». Mill carga con su crítica contra el vulgo que sigue miméticamente lo que dicta la tradición y contra sus renovados intérpretes —los intelectuales que con intereses espurios se basan en el poder de lo popular— y, en último término, carga también contra una versión forrajera y poco caritativa del romanticismo de su época, el cual es cierto que, a veces, afronta el problema superficialmente como un reverso igual de puro y abstracto que el racionalismo. Mill intenta romper con la dicotomía entre racionalismo e irracionalismo por el lado del utilitarismo; que, de alguna manera, ya era deudor del empirismo y que se erige también como padre del pragmatismo. Lo que quiere decir es que lo importante no es ni la razón ni los sentimientos, salvo por y para el placer concreto individual, cada vez más subjetivo, cada vez más relativista. Es una manera de resolver el problema del dualismo, disolviéndolo; un método que, a todas luces, ha sido un éxito. Pero esto no quiere decir que el camino fracasado que asume el problema en su complejidad y que busca poner cada cosa en su sitio —por mucho que esto nos obligue a pensar una racionalidad objetiva que a su vez se sabe incompatible con toda pureza o pretensión de absolutidad— no pueda ser retomado a la hora de afilar la crítica ante ciertas ideas que se presentan como si no tuvieran fisuras.

Por otro lado, Harriet Taylor Mill, en la página 121, parte de la clásica noción de prejuicio ligada a la costumbre, ya vista —como ella misma nos recuerda— en Platón o en Condorcet; para después, en la página siguiente, destacar que la base para que la mujer asuma esta costumbre que la subyuga, junto al resto de dominados, no puede ser otra que la violencia ejercida a través de la fuerza física. De hecho, ya encontramos este matiz particular en la página 123, cuando asevera que «la relación entre hombre y mujer, como es la más próxima e íntima y está enlazada a mayor número de emociones, forzosamente tenía que ser la última en librarse del viejo régimen y aceptar el nuevo; porque con la fuerza de un sentimiento guarda proporción la tenacidad con que se aferra a las formas y circunstancias con las que, aunque sea casualmente, se asoció». Con esta idea no sólo le da importancia a los sentimientos en general, sino que los considera como lo definitorio y fundamental de la situación de dominación fáctica y de desigualdad social de la época. En la misma página, nuestra autora sigue comentando: «Cuando un prejuicio que tiene alguna influencia sobre los sentimientos se ve en la desagradable necesidad de tener que dar razones, se cree que ha hecho suficiente cuando ha afirmado de nuevo el mismo punto que está en discusión, en frases que recurren al sentimiento preexistente». Comprobamos que, en este punto, la pareja de los Mill se da felizmente la mano y la crítica que creímos oportuna para uno se puede aplicar perfectamente para el otro. Por eso, evitemos caer en reiteraciones. 2.

En la página 158 del texto de John Stuart Mill vemos un ejemplo muy bueno de que, aun tomando la comparación con muchas de las formas de esclavitud históricas para movilizar conciencias respecto a la problemática de la mujer, encontramos al final de esta página el matiz sentimental propio de este caso. También descubrimos una certera crítica a la noción de naturaleza y a su contrario, lo antinatural, que aparece como lo «desacostumbrado». A este respecto, Mill asevera que «antinatural generalmente sólo significa desacostumbrado, y que todo lo que es acostumbrado parece natural». Estamos de acuerdo plenamente con ■ esta idea; remarcando, como bien afirma, que esto es lo general, y que intentar engañar colando los prejuicios como naturales es una actitud realmente natural en el hombre vulgar o sofista; de ahí que la filosofía tenga la obligación de destapar esta mentira. Pero olvidarse de este matiz implica que haya quienes, una vez puesta en duda la noción de naturaleza, pretendan engañar de otra manera para, con la misma vileza, intentar esta vez, en lugar de suplantarlo lo natural, desterrarlo por lo artificial. Sumándole a esto, además, el problema que tenemos hoy en día para refutar 2.

ciertas ideas. Porque, en el fondo, los Mill aún creían que lo natural era que no existieran razones fundamentadas en evidencias brindadas por la propia naturaleza para defender que la mitad de la población, en base a la suerte de tener una X en el cromosoma 46, mereciera automáticamente la sumisión a la otra mitad de la población. Si perdemos esto, perderemos la base, el punto de referencia para cualquier crítica —eso sí, de una manera que, en un principio, parece intelectualmente mucho más refinada—, y volveremos al viejo mundo de la arbitrariedad más despótica bajo la única ley natural que prevalece cuando el resto se diluye: la ley del más fuerte. No queremos cargar las tintas en este tema más de lo necesario. Recordado el matiz de intentar no olvidar las sutilezas, ni incluso cuando parezca que nos convenga para terminar de prender fuego al pajar; consideramos que, evidentemente, para el año 1869, aún el sometimiento de la mujer, por el mero hecho de ser mujer, era una costumbre universal de la cual todavía no nos avergonzábamos.

John Stuart Mill continúa en la página 159 con la misma idea, remarcando que «el sentimiento depende de la costumbre», para después proseguir con ejemplos históricos de cómo las costumbres sin cribar de diferentes culturas tienen mucho de incompatible y contradictorio; volviendo a su vez a comentar que estas cuestiones se llevan moviendo desde la antigüedad. Por algo la filosofía surgió en Grecia: en pocos lugares se han dado pueblos tan portentosos que compartieran cuestiones tan fundamentales como la lengua y los mitos y que, al mismo tiempo, fueran tan heterogéneos y diferentes como Atenas y Esparta. Hablar de costumbres y hábitos diferentes es un tema filosófico de primer orden. No puede ser de otra manera. Sólo con la continua confrontación de ideas diferentes puede depurarse la verdad sobre todas las cosas. Volviendo a la página 159, encontramos en el segundo párrafo un matiz muy importante: el hecho de que parece que la dominación de las mujeres resulta «voluntariamente aceptada». Sin embargo, esto tampoco puede saberse a ciencia cierta, dado que las mujeres de la época, en general, no podían quejarse. No puede pasarse tampoco por alto que muchas viven en la más absoluta ignorancia y que se las adoctrina desde niñas, como bien remarca en la página 160, para «reprimir esas aspiraciones como contrarias al decoro de su sexo». Comprobamos otra vez una noción sentimental: el decoro. Seguimos hablando de prejuicios que ya no son sencillas mentiras teóricas, falacias, exageraciones o interpretaciones dogmáticas de la palabra de Dios, sino una alusión a un sentimiento que vuelve a ser prejuicioso, engañoso, falaz, exagerado o bajo una interpretación guiada por un interés lejos de ser honorable: el de mantener una dominación injustificada por parte de los que se benefician de tal situación.

SIMPLISTA

Una vez considerada la importancia de la sentimentalidad a la hora de juzgar un prejuicio y cómo la emoción está íntimamente entreverada en la contextura de la dominación de la mujer, tarde o temprano los Mill tienen que ajustar cuentas con todo lo que implica el amor y su forma social establecida: el matrimonio. En este sentido, arrancamos en la página 167 con la idea de que la desigualdad de la mujer es el «único vestigio de un viejo mundo»; lo que la hace discrepar completamente con el resto de las realidades sociales. Recalca lo que ya hemos hablado respecto a la costumbre y los prejuicios, para comentar que la decisión de lo que es más ventajoso para la humanidad en general debe hacerse «sin distinción de sexos». Sutilmente nos recuerda que es un utilitarista; es decir, que aquí no hablamos ni de lo mejor a secas ni de lo más bueno, sino que, más bien, hablamos de lo más ventajoso, como si estuviéramos compitiendo contra un tercero. Después, destaca otra vez la crítica a la costumbre; comentando que, evidentemente, no es razón suficiente que una circunstancia se dé para que ésta sea la más deseable. En la siguiente página liga el aparente progreso que, en general, se ha dado desde la antigüedad con el progresivo ascenso de la mujer a lugares que tradicionalmente le eran vetados. Por mucho que no le falte razón a lo que dice, sospechamos que, quizá, su noción de «progreso» sea demasiado optimista.

A su vez, vuelve a recalcar en la página 168 que no vale decir que algo es «por naturaleza» para justificarlo y niega que «nadie sepa o pueda saber cuál es la naturaleza de los dos sexos dado que sólo han sido considerados en su mutua relación actual»; aseveración ciertamente problemática. ¿Da por hecho o, al menos, deja abierta la posibilidad de que exista una naturaleza propia de cada sexo? En ese caso, nos demostraría que su noción de naturaleza no está demasiado depurada. Hablar de la naturaleza de algo son palabras mayores: es lo que diferencia en su particularidad genérica a un grupo de cosas del resto que, a su vez, son asimilables a un todo abstracto. Si estamos de acuerdo en que el ser humano tiene una naturaleza X, que podemos estudiar e indagar en todas sus manifestaciones, no podemos decir que, al mismo tiempo, el hombre y la mujer, sexualmente diferenciados, tienen cada uno su propia naturaleza. Como mucho, tendrán alguna diferencia superficial relacionada con la reproducción; pero, en cualquiera de los casos, a la hora de juzgar al hombre universalmente dentro del derecho o la ética, esto no debería provocar desigualdad alguna, dado que lo fundamental, que es la razón y la voluntad, son potencialidades que cualquiera, con más o menos esfuerzo, puede desarrollar. Y, como mucho, el conocimiento de dichas diferencias nos servirán para

modular ciertas protecciones de la maternidad o entender ciertas tendencias laborales; como, por ejemplo, el hecho de que es normal que haya más bomberos hombres que mujeres, dado que, en general, hay menos mujeres con el tamaño y fuerza necesarios; o que, en libertad, las mujeres tienden a elegir oficios más relacionados con las personas y los hombres con las cosas, siendo injusto forzar una proporción del 50% en ingenierías o enfermería; lo cual también ayuda con el tema de la variabilidad masculina, que explica bastante bien por qué no podemos pretender que haya paridad geométrica tanto en cárceles como en los premios en las artes o las ciencias. Hay que asegurar los medios para la igualdad de oportunidades, pero no los resultados. Sin lugar a dudas, esto es más difícil, pero también es lo justo.

¡LO DE AHORA!
(RAZONABLE)

Nos hemos ido muy lejos. Pero, en cualquiera de los casos, si se busca una visión unificada de la especie, difícilmente se puede hablar de naturalezas intrínsecas a los sexos, lo cual implica, en un caso como el de Mill —que suponemos honesto y honorable—, un error que sólo se puede achacar a cierta pereza intelectual a la hora de delimitar bien los conceptos. Esto queda mucho más claro cuando, en la misma página 168, baraja la posibilidad de que alguna vez se hubieran podido encontrar sociedades de hombres sin mujeres o de mujeres sin hombres. Tal atropello, que no se deja ni pensar, dice mucho de hasta dónde Mill se puede dejar llevar —como aquellos a los que critica— por un afán de defender su posición a toda costa. Aunque, bueno, pensado de otra manera, lo mismo existió alguna sociedad sin mujeres o sin hombres, pero su existencia sería tan efímera como una generación, y el ejemplo que pudiera dar justificaría sobradamente que nadie se preocupara de recordar una decisión tan suicida a la par que ridícula.

Por otro lado, Harriet Taylor Mill entra ya de lleno con la cuestión del matrimonio en la página 138, no sin antes estar cavilando afiladamente sobre la razón de que tradicionalmente se considere a las mujeres como astutas o falsas. Dado que no tienen capacidad alguna de acción dentro del entorno doméstico, la única manera que tienen de conseguir algo es influyendo —en el mejor de los casos— a los hombres que tienen a su alrededor, llegando a manipular e incluso a mentir para conseguir que se cumpla su voluntad. Tal y como afirma nuestra autora: «todos los refranes y tradiciones antiguos las representan como astutas y falsas. ¿Por qué? Porque sólo pueden lograr sus objetivos por caminos indirectos». Está claro que el que no tiene poder sólo puede aspirar a tener influencia. Dicho esto, entramos con la crítica al matrimonio en el siguiente párrafo.

Reconoce primeramente que hay casos donde «existe algo que merezca el nombre de afecto intenso, tanto en el hombre como en la mujer», cosa que se agradece, aunque produce cierta sensación de tibieza el hecho de que ese «algo», como mucho, merezca el nombre de «afecto intenso», lo cual sería tener una inclinación intensa por alguien... que, si bien podría ser un efecto o consecuencia más del amor, está relatado de una manera extremadamente fría. Esto nos demuestra que, quizá, exista un ligero prejuicio negativo contra el amor o una reducción del mismo a la forma social en la que se regula; lo cual, a su vez, es una disminución que, en último término, produce cierta sensación de frialdad y especial pena cuando se recuerda la introducción que le dedica su marido, que comprobamos que era más kierkegaardiano de lo que parecía a simple vista. Reconoce después que dicho afecto «es un principio demasiado poderoso para que no modifique en gran manera las influencias nocivas de la situación», para más tarde matizar que, «con todo, es raro que las destruya enteramente». Opinión que cae como un jarro de agua helada.

Una vez matizado todo lo que puede matizar Harriet Taylor Mill positivamente, no dentro del matrimonio en general, sino dentro de los mejores matrimonios que puede imaginar de su época, entramos de lleno en la parte destructiva de la argumentación. «Mucho más frecuentemente las influencias nocivas son demasiado fuertes para el afecto y lo destruyen», asevera Mill con sensatez. Después, nos habla del «tipo óptimo de unión duradera y feliz» que es capaz de conjeturar, el cual sería mucho más frecuente si «el afecto que cada uno de los dos sexos procura conseguir del otro fuera aquella genuina amistad que sólo se da entre iguales en privilegios y en facultades». Esto nos permite comprender mucho mejor lo que es capaz de apreciar del amor. No vamos a hacer más sangre del asunto... eso sí, nos permitimos comentar que lo único que queda claro es que acertó a la hora de prescindir de su vocación de poeta. En cualquier caso, nos vale como otro ejemplo de lo que es el utilitarismo: lo importante es la felicidad, sí, pero reducida a placer. Más tarde, destaca que el afecto dentro del común de los matrimonios de la época, donde la mujer estaría subyugada al marido, sería un afecto impostado y fariseo (o, en el mejor de los casos, mecánico); valorando que, muy probablemente, en multitud de casos ni exista, habiendo exclusivamente auténtica antipatía. Después comentará, muy inteligentemente, que la adaptación de los subordinados a una situación de explotación es algo habitual, dado que, por cuestiones de supervivencia, el sometido intenta buscarle el lado positivo a su situación y, por cuestiones prácticas, también podemos pensar a este

¡SIMPLISTA!

¿EXISTE?

R que R

respecto que no encontramos esclavos demasiado angustiados o enfadados, ya que esos murieron antes de serlo, al negarse a hincar la rodilla en alguna guerra en los inicios de los tiempos o... de surgir algún hijo rebelde ya de madre esclava, pero heredero del vigor de sus ancestros, rápidamente sería dado de baja.

Comprobamos después, en la misma página 138, otro dato interesante que nos ilustra a la hora de entender en qué está pensando nuestra autora cuando afirma: «Por lo que se refiere a la influencia ejercida personalmente por la mujer sobre el hombre, es indudable que lo vuelve menos áspero y brutal; en tiempos más primitivos, muchas veces era la única influencia suavizadora a que el hombre estaba sometido». ¿Se refiere a esos tiempos primitivos, tipo el hombre de Atapuerca, en donde casi ni nosotros en el siglo XXI podemos saber casi nada de su vida? ¿O se refiere a tiempos primitivos más cercanos, como el primer milenio anterior a Cristo o... el posterior? ¿O más bien se refiere a la Edad Media? No está nada claro... pero lo que sí reluce es una buena intuición trasformada en prejuicio a través de la exageración acritica... por evitar pensar que es intencionado. El hombre como especie viviente ha desarrollado la violencia —violencia que sería compartida por ambos sexos— como método de supervivencia, aunque es evidente que los machos se habrían seleccionado para ejercerla de manera más física y letal. Pero ya el calificativo de “brutal” no es fino, dado que puede haber formas de violencia brutales que pueden ser ejercidas por el individuo más débil. *Si, no está fina. :)*

Otro detalle a apostillar es que es muy ingenuo pensar que en la antigüedad la compasión, la delicadeza o la finura recayeran exclusivamente en el sexo femenino. Puede haber alguna tendencia que arroje desviaciones estadísticas que impliquen un cierto grado mayor de empatía por parte de las mujeres, el cual sólo se podría comprobar, como mucho, en los últimos cien años, donde las mujeres han ido siendo más libres y educadas en igualdad. Pero, en cualquiera de los casos, no hay razones para pensar que los hombres no puedan, en general, ser sutiles y piadosos, sobre todo teniendo en cuenta dentro del estudio feminista que, hasta prácticamente el siglo XVII, las mujeres estaban enclaustradas. Por eso, antes de dicha época, no se puede entender que existieran la piedad, la sutileza, etcétera en el mundo sólo por su iletrada influencia. El hombre puede ser muy violento, sí, pero somos animales políticos desde los inicios de las eras y tenemos pruebas de sutileza, empatía y finura desde, por lo menos, los griegos; pudiendo hablar también de los celtas o los egipcios o, yendo más lejos, de los sumerios. Para cualquiera que sostenga un pesimismo antropológico, estos eran pueblos extremadamente

2
"U.P."

(se podía haber criticado el "indudable")

?

civilizados y, en cualquiera de los casos, eran más o menos violentos, sutiles o empáticos a nivel de sociedad, sin distinciones claras entre sexos; y mucho menos planteadas desde la absoluta que da a entender Harriet Taylor Mill. Es cierto que en muchas de estas sociedades las mujeres estaban más o menos enclaustradas y que el poder político e intelectual caía en manos de los varones, pero no por ello eran sociedades toscas y brutales. Poco a poco fueron refinándose hasta llegar a Grecia o Roma, donde la mujer era poca cosa y, aun con todo, eran capaces de ser extremadamente sutiles y piadosos, lo cual implica que los varones primitivos no podían ser, por decreto ley, toscos y brutales. Si hubiéramos tenido esa mala suerte, o seguiríamos siendo un grupo de tribus guerreras con las mujeres tenidas como ganado, o tendríamos un sistema totalitario global asemejable a un hormiguero heredero de la tribu más sanguinaria. Es un error tanto considerar al hombre bueno como considerarlo malo por naturaleza; ambas dos visiones son equiparablemente inexactas por exageradas. Ni hablar de pensar esta cuestión en términos sexistas. ?

A partir de este punto, ya son muchas las pistas que encontramos para considerar que, por mucho que se defiendan en estos textos ideas dignas de ser defendidas, no se sostienen con la suficiente voluntad de verdad; y, por eso, deben ser cogidas con pinzas antes de someterlas a la criba y a la rapia intelectual. Si realmente son tan dignas como parecen, se deben poder defender desde unos principios más sólidos. Lo demás es pan para hoy y hambre para mañana. Nos referimos especialmente a lo que pasó después y sigue pasando a día de hoy con el pragmatismo: solucionas ciertos temas muy bien a costa de estallar desde dentro lo que es la filosofía e, inevitablemente, el proyecto comunitario de convivencia universal que es —o, al menos, era— Occidente. *Ni más, ni menos!*

Prosigamos, pues, un poco más analizando lo característico de la dominación de la mujer para los Mill. Una vez aclaradas las limitaciones de su manera de afrontar el problema, podremos dilucidar con mayor claridad todo lo que tiene de brillante, dejando pasar esas pequeñas cosas propias del utilitarismo moral. Procuremos, con todo, tener piedad intelectual y quedarnos, después de esta lectura analítica, con lo más excelso de su teoría.

Encontramos en la página 139 del texto de Harriet Taylor Mill una inteligente argumentación de cómo una mujer subyugada en el seno de una familia pequeñoburguesa no sólo está degradada como persona a todos los niveles, sino que el acto de ser partícipe de este degradamiento envilece el espíritu de su compañero. No se puede evitar una sonrisa al leer que uno de los perjuicios que sufre el hombre casado en estas condiciones

es que se vuelve «conservador, empieza a simpatizar más con los que tienen el poder que con sus víctimas y cree que su obligación es estar del lado de la autoridad». Interesante relación entre el conservadurismo, la falta de empatía con el más débil, simpatizar más con los que tienen el poder y estar del lado de la autoridad. Está claro que ser conservador va tan de la mano con ser maligno como el poder con la autoridad. Es muy curioso que, en esta línea pero una página después, en la 140, se afirme que «no hay ningún hecho en el género humano que la experiencia atestigüe más invariablemente que éste: que todas las influencias sociales o de amistad que no elevan, hunden; si no tienden a estimular y elevar el espíritu, tienden a vulgarizarlo», refiriéndose a que lo perjudicioso de tener en el matrimonio a tu mujer subyugada no es sólo que te haga peor persona moralmente, sino que, a la vez y dado que se encuentra en un estado de franca ignorancia, corta las alas a toda mejoría en cualquier aspecto, vulgarizando al marido hasta estancarlo. Es una afirmación con la cual es difícil no estar de acuerdo. Ya lo decía el refranero castellano con aquello de que «todo se pega, menos la hermosura». Así que, rodeémonos de los mejores e intentemos ser dignos de tal compañía, atesoremos las buenas enseñanzas aprendidas y, si alguien no es lo suficientemente bueno... más vale prevenir que curar, pues toda la experiencia destilada poco a poco con los años en compañía de un buen amigo se arruina en vicios y malas costumbres en mucho menos tiempo si nos juntamos con quien no debemos. Lo curioso de todo esto es que no queda nada claro qué lugar ocupa la autoridad para los Mill porque la utilizan, explícita como implícitamente, tanto con una connotación positiva como negativa. Lo que está claro es que si «todas las influencias sociales o de amistad que no elevan, hunden» es porque damos por hecho la autoridad intelectual y moral de unos individuos sobre otros; y, por eso, quienes sean mejores serán la compañía de la cual podremos aprender y con la que podremos mejorar. Y esto no tiene nada de malo, salvo que sea falsa autoridad, que sería tener que reconocer bajo coacción una supuesta autoridad en alguien que, de hecho, no es digno de tal consideración. Y aquí podríamos entroncar fácilmente con la concepción de poder, que, a diferencia de la autoridad, que siempre tiene una connotación positiva, es una noción neutra, que cuenta con la posibilidad de estar al servicio de intereses espurios. Esto sería un tema muy largo que sobrepasaría los límites de este trabajo, pero es una pena no ver estas consideraciones mínimamente desarrolladas en un texto que una de las cosas que intenta es aclarar que la autoridad que se sirve del poder para avasallar a la mitad de la población es una falsa autoridad capaz de mantenerse por un juego mimético resentido por parte del común de los mortales y por una manipulación constante para conservar un

EXAGERADO

/.

determinado status quo por parte de los que, debiendo ser élite, se quedan en una plutocracia meramente interesada en permanecer en el poder.

Harriet Taylor Mill comenta en esta misma página una idea importante, que es esa que reza, extractando, que la humanidad no puede desarrollarse plenamente y evolucionar hacia un estado de derecho justo, donde todos tengamos igualdad de oportunidades para ser felices, si se mantiene la arbitraria condición que ha sufrido la mujer desde la primera vez que fue botín de guerra y que quedó condenada, junto con todas sus hijas y nietas, hasta las primeras generaciones que se empezaban a dar tímidamente en esta época. ?

En la página 141 vuelve con la idea ya mencionada en la página 138 de cómo los subordinados terminan aceptando su subordinación; de hecho, será la parte sentimental, junto con su pedagogía, aquella cuestión fundamental para que se mantenga en el tiempo, y con una mínima estabilidad, la sumisión de las mujeres. Según sus propias palabras: «El hábito de la sumisión vuelve servil el espíritu, tanto del hombre como de la mujer». A su vez, resulta muy afilada la crítica que vemos en esta misma página a la noción de naturaleza, con la que explica que, si este estado de esclavitud fuera natural, no haría falta obligarlo legalmente, dado que las mujeres sin ningún tipo de coacción tenderían a ello. Tal como ella sostiene: «Hasta ahora no ha habido ningún legislador que creyera necesario hacer leyes que obligaran a la gente a seguir sus inclinaciones». ✓ En la página siguiente, la 142, comenta muy certeramente que «su posición es análoga a la de los arrendatarios o trabajadores que votan en contra de sus propios intereses políticos para complacer a sus arrendadores o patronos; con la única diferencia de que a la mujer se le inculca la sumisión desde la niñez, como el atractivo y gracia peculiares de su carácter». ? Dependenden de sus maridos, por lo que están obligadas a servir a sus intereses; con la diferencia de que los trabajadores no están tan adiestrados como ellas para un cometido tan delimitado desde su más tierna niñez. Y como el seno de dicha educación intelectual y sentimental es el matrimonio, que éste sea justo y bien avenido es fundamental para que las futuras generaciones sean capaces de proseguir lo que empezaron sus padres.

En este sentido, podemos volver a la página 156 del texto de la otra parte contratante para, primero, leer una argumentación muy buena sobre cómo el poder despótico de los tiranos está reducido a un grupo muy pequeño de hombres al cual nadie aspira y, en cambio, el dominio de una mujer es una empresa que cualquiera, incluso el más humilde, puede esperar conseguir. Más tarde, y en la línea de todo lo anterior, se comenta que, al tener el amo a los súbditos ante los propios ojos y al estar sentimentalmente ligados, es mucho ~

1/.

más fácil «impedir rebeliones contra él», dado que estos súbditos cuentan con «mayor intimidad con él que con cualquiera de sus compañeros de servidumbre» y, para colmo, tienen «muy poderosas razones para buscar su favor y evitar ofenderle». Esto lo deja aún más claro en la página 161, donde afirma que los amos «piden algo más que sus servicios» y que quieren, «no una esclava forzada, sino voluntaria», para lo cual necesitan «esclavizar su espíritu». (John es el verdadero poeta, a cambio de ser, a veces, más farragoso.) Viendo aquí nosotros clara, otra vez, la necesidad de una buena educación en todos los aspectos, para que las niñas desde pequeñas no estén programadas para aceptar tal situación.

A modo de resumen, y para evitar terminar dando más vueltas, concluiremos que, teniendo en cuenta todas las aristas ya apuntadas, la idea de valorar la parte sentimental del hombre desde su educación es muy buena, así como también lo es el hecho de considerar que una buena educación en este sentido, añadiendo algo de ética no utilitarista, es clave para desactivar la piedra de toque fundamental de que las mujeres acepten una vida contenida en un matrimonio pequeñoburgués con un déspota. Seguro que esta misma idea se podría aplicar para conseguir que los hijos, en vez de “sólo” feministas, “únicamente” trabajadores y “exclusivamente” consumidores, fueran feministas, trabajadores y consumidores ilustrados.

